



CARTA A MI HIJO DANIEL

Mi querido hijo Daniel:

En este día, el más solemne de tu existencia, voy a entregarte a tu propio destino, a tu plena responsabilidad de esposo, a tu independencia de hombre libre.

Hoy llegas a la cúspide de tus ansiadas ilusiones juveniles porque enajenas tu vida a la mujer que amas con una pasión que te hará feliz.

Hoy dignificas ante Dios y ante la sociedad tu noble título de hombre al crear dentro de la ley y de la religión un hogar que cifrará su dicha en dar al mundo seres que honren a su estirpe.

Vas a ser el escultor de la carne y del alma de tus propios hijos. Por sólo eso serás más feliz que nosotros lo fuéramos contigo, porque nosotros no te vimos nacer; pero sí tuvimos la dicha de modelar tu ser espiritual cuando día a día, dirigiendo tu conciencia y orientanto tu pensamiento, observábamos, con una fuerte emoción, cómo crecía y se formaba tu personalidad de niño, de adolescente y de adulto que se daba cuenta paso a paso de la transformación y seriedad de sus responsabilidades.

No tuvimos la gracia divina de escuchar tu primer grito cuando viniste al mundo; pero sí endulzaste nuestras horas con tu sentimiento purísimo de amor filial.

Desde que llegaste al cobijo de nuestra cordial mansión, fuimos tu mamá y yo más venturosos que antes, porque al recibirte en nuestras manos el Señor estuvo con nosotros, pues ya lo dijo el propio Nazareno: El que recibe un niño en Mi nombre, es a *Mi* al que recibe.

Desde entonces, Daniel, afiancé mi apego a la existencia al ilusionarme con que mi nombre se perpetuara en tus hijos.

No tienes sangre de nuestra sangre, hijo mío, pero sí tienes

el espíritu que te dimos al entregarte nuestro infinito amor allá en la dulce y gloriosa tierra de Francia cuando en la primera sonrisa que nos regalaste recibimos lo mejor que hay en ti: tu alma.

En ella llevas un tesoro tripartita que todo lo vence: la bondad que conquista los corazones, el carácter que triunfa en toda empresa y el amor que embellece la vida.

Eres bueno y eres digno de ti mismo y de nuestro cariño; nunca te vi abatir la frente por actos u omisiones de indignidad, porque siempre fuiste dócil a la educación moral de tus padres, maestros y confesores; y porque llevas en tus entrañas las óptimas cualidades del hidalgo pueblo español.

Tienes la voluntad bien templada, el dominio de ti mismo y un esforzado afán de trabajo que te llevará en triunfo a las metas que te propongas.

Y en cuanto al amor, él es en ti un sentimiento innato y avassallador. Crees en el amor como crees en Jesucristo. Naciste para amar la vida, y como en ti es exuberante, todo lo que amas lo amas con vehemencia y al mismo tiempo con alegría y con deleite. Y haces bien, porque caminar por las sendas de este mundo sin la compañía de un ser amado, es llevar a cuestas la cruz de la soledad para vivir sin objeto, sin ilusión, sin fe. Y tú no naciste para vegetar. Tu existencia misma es un triunfo de todos los instantes. Diríase que tu vida es un canto a la vida. Diríase que tus minutos son un rosario de hosannas a la Providencia que te envió al mundo para ser dichoso. Y lo serás con la mujer que has escogido por esposa, porque en la adoración que se tienen parece que cada uno es dios del otro.

Elegiste a tu prometida con libertad absoluta que jamás tuvimos tu mamá y yo intención de coartar ni desviar, pues consideramos que tu cariño es algo sagrado y respetable del que sólo tú eres amo, juez y señor.

Cuando nos ratificaste tus deseos matrimoniales, tu mamita y yo exclamamos gozosos: ¡Alabado sea Dios que en un hogar provincial, honesto e irreprochable, encontró la angelical criatura que lo conquistó para hacerlo venturoso! Como lo serás, Daniel, porque el hecho de ser como eres es ya una victoria anticipada que te asegura un radioso porvenir.

Tienes una mocedad sana y animosa que todo lo quiere y cree que todo lo puede. Tu vida es fértil, de ella emergen a raudales

energías e ideales que no te caben en el cuerpo. Parece que tu caudalosa juventud estuviera a punto de desbordarse en una cascada de proyectos y ambiciones que hierven en tu mente y de entusiasmos que brotan límpidos en los veneros termales de tu pecho.

Tú has tenido desde pequeño el don celeste de la alegría. Por eso cuando llegaste a casa —¿sabes qué hicieron tu hermano Germán y tú?—. Abrirnos de par en par, con sus manecitas de niños huérfanos, una puerta que en nuestra vida estaba cerrada y que nos dejó absortos al descubrirnos el horizonte sublime de la paternidad. Y desde entonces hemos vivido tu mamá y yo en un mundo más grato, más hermoso, lleno de armónicos arpegios que surgían de las risas, la gracia y el canto perenne de Andalucía que llevabas y llevas siempre en la caja de música de tu gozoso corazón.

Aun de pequeñín eras así, sonriente siempre, con una carita de sol que despedía luz de sus pupilas vivaces a pesar del drama que inconscientemente representabas.

Eres además un fervido creyente y también por eso hallarás siempre el buen camino a seguir en la intrincada selva que es el mundo terrenal.

Cuando tú no me has visto, yo te he contemplado rezar con profunda devoción arrodillado junto a tu cama, con tus manazas de niño grande cubriendote el rostro. La primera vez que te vi en esa actitud piadosa me conmocioné hasta sentir quebrada la vista por el rocío de mis pupilas. Después, cuando te he mirado postrado de hinojos encomendándote a Dios, me has inspirado un verdadero respeto. Y me has hecho feliz.

Llegas al matrimonio en los albores de la adulterez; todavía no puedes darte cuenta de las responsabilidades morales y materiales que pesan sobre tus hombros. Pero muy pronto sabrás que ellas son delicadas y múltiples.

Vas a ser el jefe de una familia, pero no su amo absoluto. El mando de tu casa lo habrás de compartir con tu mujer, que en la realidad cotidiana será la organizadora y directora de la vida en común. Para eso es preciso, hijo mío, que tu compañera se sienta libre de manejar sus asuntos domésticos, ya que ella es la responsable, en gran medida, de la tranquilidad y dicha hogareñas. Y a ti te corresponde darle siempre su lugar no sólo de soberana de tu corazón, sino de figura relevante en ese santuario emocional que acabas de constituir.

El marido que no da a su mujer la personalidad que le corresponde, resta fuerza a su propia personalidad. Porque las esposas tienen cualidades supremas que los varones no tienen. El instinto femenino, sutil y perspicaz, influye considerablemente en la vida íntima y en la exterior de los cónyuges, y al esposo le significa una ayuda moral de incalculable valía.

La esposa duplica los valores de esa unidad social que se llama el matrimonio. Si es discreta, mantendrá en vigencia constante el culto a la amistad amorosa que es el vínculo más eficaz para mantener hasta la muerte la confianza y el entendimiento entre los casados. Si es sensata, hablará cuando sea oportuno y callará cuando sea preciso, avalorando en su justo precio el sabio apotegma de que el silencio es oro. Si es inteligente, evitará las discusiones banales, no olvidando que la discusión fácilmente degenera en reyerta, en rencor y el rencor en odio.

Por supuesto, hijo mío, yo creo que los esposos que pelean, o no tienen educación o no se estiman ni se quieren. Y sin educación, ni estimación ni afecto, el que debiera ser sagrado sacramento resulta un desastre anticipado.

Ten siempre presente que, pasados los primeros años de casados, la amistad entre los esposos vale más que el mismo amor.

Ese sentimiento, cuando es pasional suele separar a los cónyuges por cansera de la propia naturaleza; pero un entendimiento recíproco y perdonador alargará indefinidamente la ventura calmada y profunda del hogar.

Cuando la primavera juvenil pasa, el amor se transforma, pero no acaba. Va tomando más y más cada día la característica de un raro y entrañable apego afectuoso que es una mezcla arrobadora de místico respeto y de suave ternura.

Con los años los esposos amantes se tornan óptimos amigos. Y entonces la comunión entre ellos se dignifica dentro de un estilo señoril que ennoblecen y afina su conducta, su verbo, sus sentimientos.

En tales circunstancias, el matrimonio es un espejo de bienandanzas, porque marido y mujer se compenetran de tal modo que se funden en un único ser, realizando el milagro, milagro del querer, de que dos personas físicas diríase que tuvieran un solo corazón y un mismo cerebro, pues de lo bien que se entienden se advinan el pensamiento y sus sentimientos se confunden.

Por todo eso el hogar es refugio del dolor, de la injusticia y de las derrotas.

El hombre que es víctima de la maldad humana o de un sino adverso, sólo en el remanso hogareño encontrará consolación y aliento para curar sus dolencias y seguir adelante.

En medio a las turbulentas marejadas del vivir cotidiano, haz de tu casa una isla de amor y alegría y verás cómo en ella todo te sonreirá. Sus puertas te parecerán imanes de irresistible atracción; sus muros de cristal serán espejos de tu euforia; las flores de tu jardín abrirán las bocas de sus pétalos para darte la bienvenida; tus pájaros y tus perros estarán siempre de fiesta, y todas tus cosas, con las almas pequeñas de sus átomos, te serán adictas, lo que comprobarás cuando escuches su eterno silencio como una promesa de su fiel simpatía. Y, sobre todo, Daniel, no lo dudes y no lo olvides: la imagen de tu Etelvina se te aparecerá en todas partes con su halo resplandeciente para bañarte de luz y darte con su buen amor la felicidad suprema de saberla tu dueña y tu dama, tu colaboradora y tu consejera, tu emperatriz y tu niña, tu amiga y tu santa.

Ya imaginarás, mi querido hijo, quién me inspira, en quien pienso cuando te digo estas cosas: pienso en ella, en tu mamita, que es para mí el universo todo, el amor por esencia, la vida misma.

Ella es la autora de mi paz espiritual; ella mantiene y tonifica en mí la voluntad de existir; cuando no me guía con sus consejos, me alienta con la sabiduría de su corazón; el libro de mi vida lo hemos escrito juntos; si ese libro vale algo, la mitad se debe a ella.

Por eso la quiero tanto: por deberle el inmenso tesoro de mi ventura. Tú lo sabes, tú lo has visto desde que llegaste a su regazo, Daniel. Y por eso pido al cielo con ansia fervorosa que seas tan íntegramente dichoso con tu bienamada como yo lo he sido contigo.

—¿Qué más puedo desearte?

Ya te marchas, hijo mío. Siguiendo tu destino, te alejas de la casa paterna dejándonos en el ánima una gran amargura, pero también un reconfortante consuelo: el de saberte venturoso al lado de la virtuosa y enamorada mujercita que de ahora en adelante será la inspiradora de tus ensueños y la coautora de tu porvenir.

Pero no quiero que te vayas sin decirte una gran verdad: que en nuestro hogar, que seguirá siendo tu casa, dejas una santa madre y al mejor de tus amigos. Mi amistad paternal no te faltará nunca, sobre todo cuando el dolor te sorprenda y acompañe. No quisiera jamás verte sufrir, pero si alguna vez las penas te conturban, no vaciles en acudir a nosotros para que compartamos contigo tus tribulaciones y para salvarte de ellas. Pues has de saber que las misericordiosas manos de los padres tienen, por una concesión divina, un sortilegio milagrero para sus hijos.

Siempre hemos sido tú y yo, Daniel, buenos amigos; pero callados. De ahora en adelante lo seremos más, y no silenciosos, sino comunicativos. De esta manera podré ser tu discreto confidente y el más leal y desinteresado de tus consejeros.

Nuestra responsabilidad de padres está cumplida: te recibimos niño y te entregamos hombre cabal en los brazos de tu idolatrada Etelvina. Una aurora maravillosa los espera sonriendo: vayan derecho a ella para que los bese en la frente y les ilumine su camino. Y que los dioses los amparen en su fecundo amor.

Tu padre que te bendice,

ISIDRO FABELA.

México, D. F.—Imprenta “Artís”.—Sept. 8, 1951.